

Suscripciones:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA**SE PUBLICA LOS DOMINGOS.**

Año II.

Murcia 13 de Enero de 1889.

Núm. 7.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
módicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 25 céntimos.

Redaccion y Administracion
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

La Juventud Literaria.**ALGO PRÁCTICO.**

Todas las ciencias son igualmente úti-
les, en términos que no hay ninguna que
sea superior á las otras. Hay quien crea
que la Psicología es la más noble y ele-
vada por la naturaleza de su objeto. Pero,
y la Metafísica? Es inferior á la ciencia
del alma la de lo supra-sensible? Si en
esto hubiera jerarquías, parecería lo con-
trario.

Que la Psicología sea el punto de par-
tida, puede admitirse; aunque siempre
hay un pro y un contra que confunden.

Prescindiendo de ciertas consideracio-
nes, diremos que de tal modo están en-
lazadas las ciencias, que recíprocamente
se completan; consistiendo en esto la
igual utilidad de todas ellas.

El psicólogo, que despertó gritando:
Cogito, ergo sum, no debe desdeñar al
metafísico, que discurre acerca del desti-
no de ese mismo pensamiento. Del pro-
pio modo el mecánico, que regula la fuer-
za bruta y la somete á su dominio, no
llamará soñador al filósofo, que reguló la
fuerza moral que lo había subyugado.

Pero en la elocución de ciencia debe cui-
darse, además de la conformidad con los
caracteres, de la utilidad que pueda re-
portar al individuo y á la sociedad en
que vive.

Siendo tantos en el mundo los que se
aplican á las especulaciones filosóficas, á
las ciencias sociales y políticas, etc., etc.,
será gloriosísimo para nuestros pueblos
que uno de sus hijos sobresalga en algu-
no de esos ramos del saber; pero mien-
tras esto no acontezca, y aún acontecien-
do, tendremos de sobra con lo que nos
dicen los filósofos y moralistas para se-
guir sus consejos, y debemos empre-
nderla con nuestro país, que nadie, sino
nosotros, tomará á su cargo.

Echarla todas de filósofos, de astróno-
mos, de historiadores ó de literatos, sobre
ser de resultados muy heterogéneos en
el terreno personal, nos parece en extre-
mo estéril, pues no son muy remunera-
torias esas aficiones, aun admitiendo que
se cultiven con cuidado. Menos malo,
es cierto, que nos de por ellas, porque al
fin y al cabo, lo que pierda el cuerpo ga-
nará el espíritu, y no se morirá uno co-
mo un jumento; pero como no todas las
inteligencias corren parejas, y á nadie le
gusta quedarse atrás, y lo que no se pue-

de se finge, hay riesgo á lo menos de
perder el tiempo, lo cual es perjudicial
para el estómago y para el país, y algo
enredado para el alma.

Que se establezcan escuelas, y que los
que pueden asistir á ellas se descuelguen
á la postre con lo que no era el trato, de-
jando á la ignorancia la agricultura y la
industria, es un contrasentido, que no
necesita demostración.

Que los que sin saber donde tienen la
mano derecha, desdeñen las artes mecá-
nicas, por ejemplo, y sin haber leído un
libro de cabo á rabo, hablen de la mar,
es una consecuencia de lo que hacen los
otros.

Así anda todo.

Aun hay más. Ciertos individuos, en su
afán de llegar á la cúspide del saber hu-
mano, ó de creérselo á lo menos, andan
á salto de mata, y descuidando los estu-
dios elementales, únicos que pueden con-
ducir á la verdadera ciencia, se andan
por las ramas, no logrando lo que se pro-
pusieron, y quedando solamente de su
paso por la tierra una sombra confusa y
vaga. Nada les deberá la patria, ni ellos
habrán disfrutado de las dulzuras del
saber.

Y es claro: empezar por el fin, es lo
mismo que no empezar.

El análisis sin la síntesis, dice la lógi-
ca, engendra la ciencia incompleta, y el
síntesis sin el análisis engendra la ciencia
falsa. El análisis comienza á imponerse
cuando se estudia por principios. Lo de-
más vendrá á su tiempo.

Mucho habra contribuido á la postra-
ción en que estamos ese afán de celebra-
ción basado en los golpes de efecto y en
las frases hechas, seguidos de estrepito-
sos aplausos; de lo que habrá resultado
que aquellos dotados de algún talento,
hayan seguido avante, y los más torpes,
consumidos por la envidia, se hayan ido
á las esquinas á murmurar de los prime-
ros y á desbarrar por los segundos; todo lo
cual se hubiera evitado moderando el
orador que dos más dos suman cuatro, y
escribiéndolo en su cartera el oyente
para que no se le olvidase. Porque los
golpes de efecto y las frases hechas vuel-
van que es un primor, y al preguntar al
más entusiasta: ¿Que dijo Fulano, que
tanto lo aplaudiste? es muy posible que
responda: Pues no me acuerdo.

Además están seguros los oradores de
todo lo que dicen? ¿Tratan tanto de con-
vencer como de recibir aplausos? Cues-
tión es esta espinosísima, tanto más cuan-

to que hay algunos que, lejos de merecer
tan agrias censuras, son acreedores á
nuestro agradecimiento; pero creemos
que ni en esto ni en aquello hemos esta-
do exagerados.

Si todos hubieran seguido las huellas
de unos cuantos, que saben dar formas á
la voluntad general y señalar lo que con-
viene, algo más hubiéramos adelantado.

Nuestro objeto no es presentar un plan
de estudios adecuado á los intereses ma-
teriales de un país; pues ya está hecho
por quienes saben más que nosotros; úni-
camente indicar algo que contribuya á au-
xiliar, ó á lo menos á no estorbar á los
que se ocupan de nuestro engrandeci-
miento.

Para lo cual se necesita, que los que no
pueden seguir estudios mayores, en vez
de divagar acerca de lo que no entienden,
intenten aprender algo práctico; que no
es reducido el campo que se beneficiará
con sus trabajos.

Un poco de matemáticas, algo de cien-
cias naturales, otro poco de agricultura,
etc. etc., pero todo como Dios manda,
vale más que ese farrago de palabras que
caracteriza á los vanagloriosos.

Conseguido esto, y cuando se sepa
plantar un árbol, ó hacer un estanque ó
un barco, concertar las palabras y no dis-
paratar, ya podrá seguirse adelante; pues
el estudio metódico encarrila á la gente.

Y cada cual en su esfera será útil al
país que le dió vida.

Recuerdo de un amigo.

Fernando me echó el brazo sobre los
hombros, y habló de esta manera:

«Debajo de su ventana hay un bonito
jardin en medio, del cual una fuente de
marmol, y ésta, rodeada de caprichosas
plantas, que por su altura y espesor,
puede muy bien ocultarse cualquiera
sin ser visto de nadie.

Salté la verja de hierro y me dirigí al
oculto sitio, para sentarme en un poyo,
de los que hay colocados al efecto.

Esperé con impaciencia más de dos
horas, al cabo de las cuales, la ví en una
de las ventanas de su casa.

A poco desapareció.

Desesperado decidí alejarme, pero
cuando quise realizar mi intento, me
detuvo el ruido de una puerta que
abrian; miré, y ví entrar á Margarita,
hermosa como un angel, pero retratada
en su semblante la tristeza.

